

LOS DIALECTOS DE MONSIVAIS

Apocalipstick. Carlos Monsiváis.

Debate, México, 2010.

Anadeli Bencomo

Resulta reconfortante comprobar que el último libro de crónicas de Carlos Monsiváis (1938-2010) se presenta como una especie de compendio de las temáticas y los estilos que caracterizaran a la trayectoria del autor en este particular género. Digo reconfortante pues la muerte de uno de los mayores cronistas mexicanos nos ha dejado a varios con un vacío difícil de aceptar, pero cuya sensación de pérdida se mitiga gracias a esta última entrega de sus crónicas urbanas. Hablar de este género en México lleva, sin duda, a referirnos a este testigo incansable quien estuvo a cargo de cientos de páginas inolvidables sobre la ciudad de México en el siglo XX, sus protagonismos y sus sacudidas.

Apocalipstick es un libro que se inscribe fácilmente dentro de la obra monsivaíta y que figura además como texto emblemático de la trayectoria intelectual y afectiva del autor y de su relación con su ciudad. *Apocalipstick* puede considerarse como un texto homenaje en varios sentidos, por cuanto puede leerse como un tributo a los modos urbanos generados y celebrados en el siglo XX, pero también como discurso que reitera algunos de los mayores hallazgos estilísticos y temáticos de Monsiváis. Un estilo que por cuenta propia y en su empeño por contrarrestar los lenguajes unificadores del mercado, las modas y la globalización cultural, insiste en sostenerse como dialecto propio de la urbe.

Para el lector familiarizado con las crónicas anteriores de Monsiváis, este libro confirmará los rasgos que hicieron de la escritura de este autor un paradigma inigualable. Las muestras de la agudeza intelectual y las ocurrencias hilarantes del dialecto monsivaíta abundan en *Apocalipstick*, desde el prólogo mismo que se presenta bajo el formato de un informercial, y a lo largo de las páginas donde encontraremos ciertos giros típicos de su prosa: "...crece la desmesura que marca la existencia de los tres poderes nuevos: el Publicitario, El Adquisitivo y el Franquicial." (346); "Un lema compartido por las megalópolis y las burocracias: a mayor población, más trámites. ¿Quién ganará: los vientres maternos o las demoras en las ventanillas? (24); "Un concurso: el mejor epitafio para México [...] Marque con una X el epitafio que usted quisiera para el país: a) Los mariachis callaron (José Alfredo Jiménez), b) La cruz no pesa, lo que cala con los filos (Tomás Méndez)..." (52); "Lo popular urbano se esclarece si se acepta que su punto de partida (su 'Aztlán' de los orígenes) es la Vecindad." (84)

Otro rasgo predominante en este compendio de crónicas es el contrapunteo que se establece entre los textos de tono nostálgico que revisitan ciertas instituciones de la cultura popular urbana: la vecindad, las cantinas, el melodrama, las carpas; y otras piezas más volcadas al presente de la enunciación. Es en estas últimas donde se advierte el



ánimo optimista que sobrevive en el autor a pesar de los reveses que atestiguó y cronicó por más de cuarenta años. Frente a este panorama de logros y fracasos, Monsiváis decididamente toma partido por las disidencias culturales y políticas, cartografiándolas en uno de los textos del volumen y proponiéndolas como muestras alentadoras de los cambios socioculturales que han acontecido en las últimas décadas. El lector que simpatiza con ese ánimo cívico que Monsiváis enarbolara en crónicas como las recogidas en *Días de Guardar*, disfrutará de los textos que en este volumen se refieren a diferentes marchas capitalinas, como la que protestaba por el desafuero en contra de AMLO. Aunque el espíritu político y crítico se mantenga, hay otros textos cuya mirada se percibe como portadora de ciertos valores y gustos generacionales que no encontrarán mayores resonancias en el público más joven que poco atiende a los rezongos nostálgicos o a las tribulaciones de un temperamento nacionalista. La crónica sobre el Mall de Santa Fe, por ejemplo, en su diatriba en contra de los centros comerciales y sus lógicas mercadotécnicas, suena un tanto dislocada por su insistencia en denostar ciertos modos consumistas de la urbe actual. Mucho mejor sintonizado con los ánimos emergentes de la megalópolis suena “El rap de las postrimerías”, uno de los apartados ilustrativos del sesgo apocalíptico de algunos pasajes del libro. Sin embargo, y a pesar de algunas de sus “parábolas” fatalistas, *Apocalipstick* es como su título anticipa un ejercicio desolemnizador frente a las versiones sensacionalistas que poco o nada auguran al futuro de México y su ciudad capital. Carlos Monsiváis se despidió así de nosotros, con esa mueca tragicómica y ese dialecto tan particular que echaremos mucho de menos.

En los últimos meses la ciudad de México perdió a dos de sus cronistas habituales. A la muerte de Carlos Monsiváis, le siguió la de Germán Dehesa. ¿Quién cantará ahora los avatares de los contingentes clasemedieros, qué textos recogerán las vicisitudes de los miles de habitantes de la megalópolis? Frente a estas interrogantes, surge el tributo posible que deberíamos rendirle a quien no se cansara de narrarnos: leer el *Apocalipstick* es un buen gesto para conjurar la ausencia que quien fuera el intelectual más ubicuo del México postmoderno.